

LA POESIA POPULAR



IPARRAGUIRRE

Todos los pueblos tienen sus poetas y literatos. Todas las literaturas encierran estilos diversos. Todos los escritores tienen público, aunque sus pensamientos é ideas se diferencien entre sí. Y dentro de esa diversidad de estilos, escritores y públicos, resalta sobremanera la poesía popular. No aplico este calificativo á la poesía que es de dominio público ó admirada especialmente por el pueblo, sino á aquella cuyos creadores pertenecen á esa clase social que generalmente es conocida con el nombre de vulgo.

La poesía popular es, sin disputa, el género más simpático de los que constituyen la literatura española, porque es fruto espontáneo de corazones imparciales y libres de pasiones políticas y sociales que tienen solamente á combatir y defender ideas.

¿No habéis oído los cantos que entonan los naturales de las regiones de España? ¿No percibisteis en ellos una sencillez que encanta y una sublimidad que conmueve? Pues esos cantos no los compuso, indudablemente, ningun afamado poeta, sino la musa ignorada de cualquier trovador desconocido.

Uno de los pocos autores populares, cuyo nombre no se ha borrado ni se borrará de la memoria de los españoles, es el desdichado bardo de quien voy á ocuparme.

José María Iparraguirre nació en Villarreal de Urrechu (Guipúzcoa), el 12 de Agosto de 1820. Hijo de unos pobres aldeanos, pasó los primeros días de su vida entre las miserables paredes de un caserío basco. Fué á la escuela de su aldea natal, y á la edad de trece años, una mañana en que salió de su casa para asistir á clase, huyó al campo donde ardía la guerra civil entre liberales y carlistas. Sentó plaza de soldado en las filas de D. Carlos, y poco después fué destinado á la guardia de alabarderos creada por Zumalacarregui.

Terminada la guerra, marchó á Francia, donde aprendió el idioma de Molière y enamorado de una cantante, según dicen, recibió de ella algunas lecciones de música. Halagado por los elogios que de su voz hacían, comenzó á dar conciertos vocales, acompañándose él mismo con una guitarra. De esta manera recorrió muchas ciudades europeas y en todas ellas mereció y obtuvo entusiastas aplausos.

Cuando la vida de bohemio errante llegó á hastiarle, regresó á su patria, y el año 1853, al conocer lo que el árbol de Guernica es para los bascongados, compuso el himno del mismo título, Gernikako arbola, que es considerado como la obra maestra del bardo euskaro.

El antiguo café de San Luis, sito en la calle de la Montera, de Madrid, era en aquella época el lugar de reunión de la colonia bascongada. Al anuncio de que Iparraguirre había compuesto un nuevo zortziko y de que lo estrenaría en el citado establecimiento, acudió á él una nutrida representación de los hijos de Euskeria en número tan considerable que llenaron el local. Y cuando Iparraguirre, acompañado al piano por D. Juan José Altuna, autor de la música, cantaba con entusiasmo las vibrantes y profundas estrofas de su himno, aquellos espectadores aplaudían con frenesí la obra del poeta, del cantante y del patriota.

Un año después fué á Bizcaya y con el humilde traje del bersolari basco y la guitarra del modesto artista, recorrió los pueblos cantando el Gernikako y siendo objeto de la admiración de sus paisanos. Tal entusiasmo despertó su canción, que el poeta fué desterrado, temiendo que se alterara el orden público. Y el pobre bardo se marchó á América...

El año 1864, cuando se discutía la cuestión foral, D. Pedro de Egaña político eminente, hizo la apología del Gernikako y de su autor demostrando que éste, solamente con su sentido canto, arrebatava á las muchedumbres y les comunicaba la mezcla de virilidad y ternura que su alma sentía.

Cuando Iparraguirre volvió á España, sufrió, durante cuatro años, penalidades sin cuento, hasta que, por gestión de Becerro Bengoa, Campión, Herrán Manterola y otros distinguidos escritores bascos, las Diputaciones forales le otorgaron una pensión que sólo disfrutó unos meses por haberle alcanzado la muerte en el caserío de Sosabarro el año 1881.

Los cantos de Iparraguirre, que todo bascongado conoce y entona, son sumamente sencillos, sin metáforas exageradas ni efectismos fascinados. Entre ellos se hallan, además del Gernikako, *Gitarra sarcho bat det que es el primero que compuso*; *Onore aundiarekin. Beltzerena, Adio euskal-erriari compuesto al partir para América*; *Jaungoikua eta arbola y Oroitza*, escritos en el destierro, y otros muchos.

Iparraguirre, como todos los artistas, era desprendido á pesar de su pobreza, y jamás guardó rencor á sus enemigos.

FEDERICO ROMERO.

(Del A B C.)

